

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FRAY DOMINGO SARRANTI.

Tomó el joven á Carmelita en sus brazos, y la transportó como si hubiera sido un niño á la habitación vecina, donde esperaban las dos mujeres.

Había llegado el momento de desnudarla y acostarla.

Retiróse Colombán á su casa, rogando á una de las mujeres que viniese á reunirse en el momento en que la joven estuviese en el lecho.

Diez minutos después entraba la vecina en casa de Colombán.

— ¿Y bien? preguntó.

— Y bien, ha vuelto en sí, dijo, pero tiene su cabeza entre las manos y pronuncia palabras incoherentes como si delirase.

— ¿Tiene parientes? preguntó el joven.

— No se los conocemos.

— ¿Y amigas en el barrio?

— ¡Ninguna! Eran gentes muy tranquilas, muy honradas, que vivían muy retiradas: á nadie trataban.

— ¿Qué pensáis hacer entonces? Ella no puede permanecer en esta habitación mortuoria. Sería precioso cambiarla de habitación.

— De buena gana os ofrecería la mía, dijo la vecina, pero no tenemos más que un lecho... Pero con todo, añadió la buena mujer como hablando consigo misma, enviaré á mi marido á dormir al granero, y yo pasaré la noche sobre mi silla.

Estos sacrificios para con personas desconocidas pertenecen exclusivamente á ciertas mujeres de la clase obrera: la mujer del pueblo ofrece su mesa, su habitación y su lecho, con más desinterés que un tendero un vaso de agua. Que el dolor moral ó el físico la llame en su ayuda, que sea un hombre en la agonía, ó un hombre en la desesperación, la mujer del pueblo ofrece sus cuidados, sus consuelos, sus socorros de todas clases, con una generosidad y una abnegación que son uno de sus más hermosos títulos á la admiración del filósofo y del observador.

— No, dijo Colombán, hagamos otra cosa mejor; llevemos el lecho de la joven á mi habitación; traigamos el mío á su alcoba; después id á buscar un sacerdote que vele junto al lecho mortuorio; yo iré á buscar un médico para ella.

La vecina pareció vacilar.

— ¿Qué hay? preguntó Colombán.

— Hay, que preferiría ir á buscar el médico y que vos fuéseis á buscar el sacerdote.

— ¿Por qué?

— Porque la buena señora ha muerto de repente.

— ¡Ay! sí, bien, de repente.

— Y por consiguiente ha muerto... ¿comprendéis?

— No, no comprendo.

— Ha muerto sin confesión.

— Y bien, vos misma confesáis que era una santa.

— Sí, pero un sacerdote... un sacerdote no lo entenderá así.

— ¡Cómo! ¿rehusaría un sacerdote velar una muerta?

— Una muerta que no se ha confesado apostaría cualquier cosa á que no la vela.

— Corriente... Encargaos entonces vos del médico; que yo me encargo del sacerdote.

— ¡Oh! el médico no está muy lejos, vive casi enfrente.

— Sólo quisiera una persona para que llevase una carta á la calle del Pot-de-Fer.

— Dadme la carta, que yo encontraré á cualquiera que la lleve.

Sentóse Colombán á una mesa y escribió:

« Venid, ¡ amigo mío! necesitan de vos un vivo y un muerto. »

Y doblando la carta, puso el siguiente sobre:

« Á fray Domingo Sarranti, monje dominico, calle del Pot-de-Fer, núm. 11. »

Después entregando la carta á la vecina:

— Tomad, le dijo.

Bajó la vecina.

Mientras que bajaba, hacía Colombán el arreglo proyectado, llevando su lecho á la habitación de la joven y el lecho de ésta á la suya.

La mujer que estaba de visita en casa de la vecina se

encargó de estar cerca de Carmelita hasta que llegase el médico; y se ofreció á pasar la noche á su cabecera si fuese necesario.

El delirio aumentaba á cada momento.

Instalóse la mujer cerca de Carmelita; Colombán bajó á casa del especiero, compró un cirio, lo colocó á la cabecera de la muerta, y lo encendió.

Durante la ausencia de Colombán había vuelto la vecina con el médico, y dejando al hombre científico cerca de la enferma, fué á prestar á la muerta el piadoso cuidado de cruzarle las manos y ponerle un crucifijo en ellas.

Colombán encendió el cirio, púsose de rodillas, y rezó el oficio de difuntos.

No eran demasiado las dos mujeres para cuidar á Carmelita; el médico había reconocido los primeros síntomas de una meningitis, y había dejado prescrito un método recomendando que se siguiese escrupulosamente; no ocultaba la gravedad del caso; la meningitis, de sencilla que era, podía convertirse en aguda.

En cuanto á la madre, había muerto de la ruptura de uno de los grandes vasos del corazón.

Muchos espíritus fuertes se hubiesen reído al ver aquel bello joven de veintidos años de rodillas junto al lecho de una mujer desconocida, diciendo el oficio de difuntos, leyéndolo en un libro que tenía en la encuadernación las armas de su familia.

Pero Colombán era un religioso bretón de los tiempos antiguos, que lo mismo que sus anteriores hubiera vendido tierras y castillos por seguir á Godofredo de Bouillon á Jerusalén, diciendo: *Dios lo quiere*.

Oraba pues con verdadero fervor, intentando desterrar de su plegaria toda idea terrestre, cuando oyó detrás de sí

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo 1625 MONTERREY MEXICO

el ruido que rechinando hacía una puerta al girar sobre sus goznes.

Volvióse.

El que había enviado á buscar acudía á su llamamiento : fray Domingo, con su hermoso hábito blanco y negro, estaba en el umbral.

Este joven monje, de veintisiete ó veintiocho años apenas, era casi el único amigo (excepto los compañeros de colegio y los condiscípulos, á quienes se había convenido en llamar amigos y que forman una raza aparte); este joven monje, decimos, era casi el único amigo que tenía Colombán en París.

Pasando un día Colombán por delante de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, había visto la gente del arrabal atropellarse á la puerta; había preguntado la causa de que se amontonase allí la gente, y le habían respondido que era porque predicaba un joven monje vestido con un largo hábito blanco.

Había entrado, y en efecto un monje joven por la edad pero viejo, fuese por las austeridades, fuese por el dolor, ocupaba el púlpito y predicaba.

Su sermón tenía por objeto la *Resignación*.

Habíalo dividido el monje en dos partes distintas.

En las desgracias que vienen de Dios, es decir, en los casos de muerte, de accidentes terribles, de enfermedades incurables, decía :

« Sí, resignaos, ¡ hermanos míos ! ¡ humillaos bajo el brazo que os castiga; orad, y adorad ! ¡ La resignación es una virtud ! »

Pero en todas las desgracias que proceden de los hombres, como ambiciones desmentidas, fortunas arruinadas, proyectos frustrados, decía :

« ¡ Resistid á la mala fortuna ! ¡ hermanos míos ! ¡ alzaos fuertes con vuestra confianza en el Señor, en vuestro derecho, y en vosotros mismos ; empeñad la lucha y sostened el combate ! ¡ La resignación es una cobardía ! »

Aguardó Colombán que concluyese el sermón, y al salir de la iglesia, fué á estrechar la mano del monje, como hubiera hecho, no con un personaje revestido de un carácter sagrado, sino con cualquiera hombre en quien resplandeciesen aquellas tres virtudes que su propio carácter le ponía en estado de apreciar.

La sencillez, la honradez, la fuerza.

Desde aquel día los dos jóvenes (el monje tenía cuatro ó cinco años más que Colombán), desde aquel día los dos jóvenes habían descubierto entre ellos una rara comunidad de principios y de sentimientos.

En consecuencia se habían unido estrechamente, y era raro que una ó dos veces por semana no fuesen á pasar dos ó tres horas uno en casa del otro.

Dirijamos una mirada retrospectiva, y veamos al joven monje venir hacia nosotros grave y pensativo por el austero camino del pasado.

Llámase Domingo Sarranti, tenía más de una analogía, más de una relación con el sombrío santo que la casualidad había hecho su patrón.

Había nacido en Vic-Dessos, pequeña ciudad situada á la orilla de una selva á seis leguas de Foix, á un paso de la frontera de España.

Su padre era corso y su madre catalana ; tenía de uno y de otro : tenía la sombría memoria del corso y la terrible tenacidad del catalán. Cualquiera que le hubiera visto en el púlpito con su gesto poderoso, cualquiera que le hubiera oído con su grave y austera palabra, le hubiera

tomado en el instante mismo por un joven monje español, misionero en Francia.

Su padre, nacido en Ajaccio el mismo año que Bonaparte, adherido á la fortuna de su compatriota, había sufrido todas las vicisitudes del emperador, habiale acompañado vencido á la isla de Elba, había seguido á Napoleón á Santa Elena.

En 1816 había regresado á Francia. ¿ Por qué había dejado tan pronto al ilustre prisionero? Gaetano Sarranti había pretextado la insalubridad del clima, el calor devorador del sol.

Los que le conocían no creían en este motivo, y miraban á Sarranti como uno de esos agentes misteriosos que se decía que el emperador esparcía por Francia para intentar su regreso de Santa Elena, como lo había intentado de la isla de Elba, ó á lo menos, si el regreso era imposible, para que velase por los intereses de su hijo.

Había entrado como preceptor de dos niños en casa de un hombre riquísimo llamado Mr. Gerard.

Estos niños no eran el hijo y la hija de Mr. Gerard, sino su sobrino y su sobrina.

Pero de repente, en 1820, cuando la conspiración de Nantes y Berard, Gaetano Sarranti había desaparecido, y se decía que había ido á reunirse en la India á un antiguo general de Napoleón, que había entrado desde 1815 al servicio de un príncipe de Lahore.

Ya hemos dicho una palabra de aquella fuga de Gaetano Sarranti, á propósito de la desaparición del carrero de la calle de Santiago, hermano de la madre de Boivin; desaparición que había hecho que la pequeña Mina, habiendo encontrado cerrada la puerta á la que venía á llamar, había sido recogida por el maestro de escuela y su familia.

Hemos hablado á este propósito también de un hijo que tenía en el seminario de San Sulpicio aquel fugitivo corso.

Aquel hijo era el personaje cuyo retrato intentaba trazar; era fray Domingo Sarranti, á quien su aspecto español hacía que le llamasen generalmente fray Domingo.

Habiase dedicado el joven al estado eclesiástico; muerta su madre, al partir su padre para Santa Elena, le había dejado en un seminario.

Á su regreso en 1816, su padre (viendo con pesar aquella vocación en un joven que podía ser otra cosa que un sacerdote), su padre, decimos, había tentado el último esfuerzo para hacerle entrar otra vez en la vida civil; llevaba consigo una suma considerable para asegurar la independencia del joven; pero éste se había negado con obstinación.

En 1820, cuando Gaetano Sarranti había desaparecido, su hijo, pensionista como hemos dicho en San Sulpicio, había sido llamado muchas veces por la policía.

Una vez le habían visto sus camaradas volver á entrar más sombrío y más pálido aún que de costumbre.

Una acusación bastante más grave que la de un complot contra la seguridad del Estado pesaba sobre su padre.

No sólo se le acusaba de haber querido trastornar, valiéndose de medios violentos, el gobierno establecido, sino que también se seguía contra él un proceso como autor del hurto de una suma de trescientos mil francos pertenecientes á Mr. Gerard, de cuyos sobrinos era preceptor; se le imputaba además la desaparición, se había dicho primero, y el asesinato después de los mismos dos sobrinos de Mr. Gerard.

Es verdad que poco después de principiado el proceso se había abandonado; pero no por eso dejaba de tener encima el desterrado el peso de la terrible acusación.

Todos estos acontecimientos hicieron á Domingo más y más sombrío como hombre, más y más austero como sacerdote.

En el momento de pronunciar sus votos declaró que quería entrar en una de las órdenes más severas, y eligió la de Santo Domingo, que en Francia ha tomado el nombre de orden de los Jacobinos, á causa de que el primer convento de esta orden se construyó en la calle de Santiago.

Pronunció sus votos y se ordenó de sacerdote al día siguiente de llegar á la mayor edad, es decir, el día 7 de Marzo de 1821.

Había pues en la época á que hemos llegado un poco más de dos años ya que fray Domingo pertenecía á la orden.

Era en esta época un hombre de veintisiete á veintiocho años, con grandes ojos negros, vivos, claros, penetrantes, de mirada profunda, de frente ceñuda, de aspecto pálido y austero, de actitud orgullosa, enérgica y resuelta; era de elevada estatura, sobrio en gestos, conciso en palabras, su andar era noble, lento, grave y en cierto modo acompasado; al verle pasar por la calle buscando la sombra de las casas para hundir en ella su frente pensativa que llevaba incesantemente impresa la huella de un sombrío pesar, se le hubiera tomado por uno de esos hermosos monjes de Zurbarán, que desprendiéndose del lienzo, ó fugitivo del sepulcro hubiera vuelto al mundo con el paso igual y sonoro del Convidado de Piedra acudiendo á la invitación de don Juan.

Por lo demás, la voluntad inflexible y la profunda energía, impresas en aquella fatal figura, revelaban más bien la rigidez de principios austeros que el combate de pasiones ambiciosas.

Tenia además el juicio más recto, el talento más claro, el corazón más generoso que existía en el universo.

El único pecado imperdonable á sus ojos que podía cometer un hombre, era la indiferencia en materias de humanidad; porque el amor de la humanidad le parecía el elemento principal de la vida de los pueblos: tenía admirables arranques de entusiasmo, cuando entreveía en el porvenir, por lejano que estuviera, esa armonía universal fundada en la fraternidad de las naciones, y que debe formar la armonía universal de los mundos.

Cuando hablaba de la independencia futura de las naciones, lo hacía con una elocuencia arrebatadora: sentíase uno entonces arrastrado hacia él y con él por un arranque de simpatía irresistible: su palabra os dejaba como un reflejo de su corazón: su palabra os comunicaba su fuerza. Sentíase uno iluminado por los rayos de su flamígera energía, y pronto á coger un paño de su hábito y decir: « Marcha delante, profeta: yo te sigo. »

Sólo un gusano terrible carecía aquel fruto sabroso: este gusano era la acusación de hurto y asesinato que pesaba sobre su padre ausente.

CAPÍTULO II.

SINFONÍA DE LA PRIMAVERA Y DE LAS ROSAS.

Tal era el joven monje que apareciera en el umbral.

Detúvose conmovido con el espectáculo que tenía ante los ojos

— Amigo, dijo con su voz triste á la que sabía á veces dar un acento consolador, espero que la mujer que está ahí acostada no será vuestra madre ni vuestra hermana.

— No, respondió Colombán, tenía quince años cuando he perdido á mi madre y no he tenido hermana alguna.

— Dios os conserve para consuelo de los postreros días de vuestro padre, Colombán.

Y se apresuró á arrodillarse delante del cadáver.

— Escuchad, Domingo, dijo Colombán, os he enviado á buscar...

Domingo le interrumpió.

— Me habéis enviado á buscar, dijo, porque teniais necesidad de mí. He venido, y aquí me tenéis.

— Os he enviado á buscar, porque esa mujer que ahí veis tendida herida como de un rayo por la ruptura de uno de los grandes vasos del corazón á pesar de ser tan buena cristiana, á pesar de ser una santa, acaba de morir sin confesión.

— Sólo Dios, y no los hombres, puede juzgar en qué disposición ha muerto, dijo el monje. Oremos.

Y se arrodilló á la cabecera del lecho.

Sabiendo Colombán que había un guarda cerca de la hija, y un sacerdote junto á la madre, pudo desde entonces dedicarse á preparar lo necesario para dar sepultura al cadáver.

Informóse al paso del estado de Carmelita.

La joven, fatigada, se había dormido bajo la influencia de una bebida narcótica, prescrita por el médico.

Cogió Colombán cuanto dinero tenía, hasta el último sueldo; después arregló con la parroquia y con el conservador del cementerio las pompas fúnebres y todos los detalles del quinto acto de la vida.

A las siete de la noche había vuelto

Encontró á Domingo, si no orando, á lo menos meditando cerca de la cabecera de la difunta.

El hombre de Dios no había dejado ni un instante la cámara fúnebre.

Colombán exigió que fuese á tomar algún alimento.

El monje parecía que no estaba sometido á las necesidades ordinarias de la vida; cedió sin embargo á las instancias de su amigo; pero al cabo de diez minutos estaba de vuelta, y había recobrado su puesto á la cabecera de la difunta.

En cuanto á Carmelita, se había despertado con doble delirio.

Al menos la pobre niña, como no tenía la conciencia de su estado, ignoraba todo lo que iba á pasar.

En todo caso más llevaderos eran los agudos dolores del cuerpo que las profundas angustias del alma.

Las vecinas se encargaron de los piadosos oficios del amortajamiento. Un carpintero trajo el ataúd; pusieronse tornillos en vez de clavos con objeto de que, en medio de su delirio, no oyese la pobre Carmelita golpear sobre el ataúd de su madre.

Habiendo muerto de repente, no se llevó el cadáver á Saint-Jacques-du-Haut-Pas, hasta el día siguiente.

Fray Domingo dijo la misa fúnebre en una capilla particular.

Después se transportó el cuerpo al cementerio.

Colombán seguía el cuerpo con dos jornaleros que habían consentido en perder el jornal de aquel día á trueque de cumplir con aquel piadoso deber.

La fiebre cerebral de Carmelita seguía su curso: admirablemente tratada por el médico, se vió obligada á retroceder paso á paso ante la ciencia.

Al cabo de ocho días había recobrado la joven el conocimiento; al cabo de diez respondía el médico de ella; á los quince se levantaba.

¡ Corrieron sus lágrimas : estaba salvada !

Sin embargo, la debilidad de la pobre niña era tal al principio, que apenas podía articular un sonido.

Al abrir los ojos había visto á su cabecera la leal figura de Colombán, la última figura que había visto al cerrar los ojos, y la primera que veía al volverlos á abrir.

Hizo una ligera señal con la cabeza á manera de agradecimiento; después sacó de entre las sábanas una mano enflaquecida por la fiebre, y la tendió al joven, que en vez de estrecharla, la besó respetuosamente, como si el sello del dolor impreso en la frente de la joven fuese á los ojos del noble bretón un título de respeto en aquel momento, tan grande como la corona sobre la frente de una reina.

La convalecencia de Carmelita duró un mes; así es que hasta el principio de Marzo ni ella volvió á su habitación, ni el joven á la suya.

Á partir desde este día se interrumpió la intimidad comenzada entre los dos jóvenes.

Colombán conservó en un pliegue de su memoria el recuerdo de la belleza y de la bondad de la joven.

Carmelita guardó en un rincón de su corazón un reconocimiento sin límites y un afecto desinteresado á Colombán.

Pero cesaron de verse de otro modo que como dos vecinos que habitan sobre la misma meseta, es decir, de tarde en tarde.

Quando se encontraban, entablaban una corta conversación sobre el umbral de la puerta, pero nada más; nunca el uno había franqueado el umbral del otro.

Llegó el mes de Mayo: el jardín de Colombán estaba contiguo al de Carmelita: un simple seto de lilas se elevaba entre los dos jardines. Estaban pues menos separados que los de Píramo y Tisbe, puesto que éstos los separaba un muro.

Los dos jóvenes estaban pues en cierto modo en el mismo jardín, puesto que cuando el viento agitaba las lilas se entrecruzaba el seto como para dar paso á sus palabras, y las flores se desparramaban ora en uno ora en otro jardín.

Una tarde, á petición de Carmelita, había vuelto el joven á abrir el piano, y sacaba de aquel instrumento, mucho tiempo cerrado y mucho tiempo mudo como su corazón, mil armoniosas notas que, escapándose por las ventanas de su cuarto, vibraban en el aire tranquilo del crepúsculo, y entrando después por las ventanas vecinas, iban á acariciar á la joven á su cabecera, como las brisas refrigerantes de la primavera.

Tenia pues á la vez perfume y melodía.

Después, en el fondo de todo esto; tristeza, profunda tristeza!

¡ Pobre Carmelita! encontrábase en la mejor ó peor disposición para amar, según, caro lector, quieras hacer del amor una alegría ó un dolor, una felicidad ó un infortunio.

Veamos ahora lo que va á acontecer de esta situación enferma del alma.

Hemos dicho en uno de los capítulos anteriores que todas las casas situadas á la derecha de esta parte de la calle de Val-de-Grace y de la calle de Santiago conducían á jardines alegres.

En efecto, hé aquí el adorable panorama que se desarrollaba á los ojos de los jóvenes, si se asomaban á aquellas

ventanas por donde salía tanta armonía y entraban tantos perfumes.

Á la derecha, al Norte, un inmenso cercado plantado de álamos y de árboles gigantescos.

Á la izquierda, al Mediodía, una multitud de jardines plantados de acacias, de lilas, de jazmines y citisos de los Alpes, de flores amarillas que caían en racimos.

En el horizonte, al Oeste como una hamaca de verdura, donde se acostaba el sol, la cima de los árboles del Luxemburgo.

En fin, en el centro del triángulo formado por estos tres puntos cardinales, uno de los más bellos espectáculos que pueden presentarse á los ojos de un poeta, ó de un amante.

Figúrese un campo de rosales de veinte á veinticinco fanegas, floreciendo en torno de una pequeña tumba construida en el siglo xvii, y bastante semejante en la forma á las capillas que los herederos hacen elevar en el Padre Lachaise por encima de la fosa de su legatario difunto.

Y cuando decimos *un campo de rosales* (una llanura de las cercanías de Persépolis, donde se dice que ha nacido la reina de las flores), no se crea que hay por nuestra parte la menor exageración: es ya tan dulce tener en una ciudad como París cinco ó seis tiestos de rosas en derredor de sí, que parece tal vez fabuloso que se pueda tener un campo entero de rosales delante de los ojos. Nada más cierto sin embargo; y aun hoy, á pesar de haber pasado treinta años, se pueden visitar las cuatro ó cinco fanegas que han quedado de este campo bíblico.

Era pues, como hemos dicho, no un campo de trébol ó de alfalfa, sino un verdadero campo de rosales que perfumaba el ambiente dos leguas á la redonda.

Parecía que todas las comarcas habían llevado á aquel jardín, en derredor de aquella tumba, como si aquella tumba hubiese encerrado la reliquia de una santa, las más bellas rosas del país.

Hubiérase dicho, que hasta las láminas iluminadas de la *Monografía del rosal*, publicada en aquella época por el inglés Sindley.

Nada faltaba allí; ninguna especie estaba ausente; ninguna variedad hacia falta; las cinco partes del mundo figuraban allí encarnadas en sus más bellas flores.

Allí estaban el rosal del Cáucaso, el rosal de Kamschatka, el rosal mezclado de la China, el rosal de la Carolina, el brillante rosal de los Estados Unidos, el rosal de mayo, el de Suecia, el de los Alpes, el de Siberia, el rosal amarillo de Levante, el de Nankín, el de Damasco, el de Bengala, el de Provenza, el de Champagne, el de Saint-Cloud, el de Provins (que la leyenda pretende haber sido traído de Siria por un conde de Bric al regresar de las cruzadas); en fin, era la colección única tal vez, porque era completa, de las dos ó tres mil clases de rosas conocidas en aquella época, número que aun se aumenta todos los días, de cuya progresión nunca sabríamos alabar bastante á los horticultores.

El título de *Reina de las flores*, que merece la rosa, se ha hecho común á fuerza de ser repetido. Dice el *Buen Jardinero*: « La rosa reúne todos los géneros de perfección que se pueden desear en una flor: la seductora coquetería de sus botones, la elegante disposición de sus pétalos entreabiertos, los contornos graciosos de sus flores desplegadas, le dan la perfección de las formas; no existe perfume más dulce ni más suave que el suyo; su encarnado es el de la belleza más perfecta; con matices más vivos, imita

la tez animada de las bacantes, y su blancura es un emblema de inocencia y candor.»

Esta definición de la rosa, definición coloreada como un pastel del tiempo de Luis XV, nos servirá de transición natural para llegar á la fresca belleza de nuestra heroína. En efecto, pocas palabras añadidas al retrato que el *Buen Jardinero* ha trazado de la flor soberana, bastarán para pintar á Carmelita.

Era alta y de talle flexible, con hermosos cabellos de un castaño muy obscuro que parecían (tan abundantes y vigorosos eran) ásperos á la vista, pero que eran al tacto suaves como la seda.

Ojos de un azul de zafiro, labios como el coral, dientes como perlas, completaban el conjunto de aquella hermosa criatura.

Un día, hacia el fin del mes de Mayo, estaban Carmelita y Colombán cada cual á su ventana, mirando y respirando; la joven estaba como deslumbrada con el espectáculo, como embriagada con el perfume.

El calor había sido sofocante todo el día: durante tres ó cuatro horas había llovido, y á eso de las siete de la tarde, al abrir su ventana Carmelita se había quedado maravillada al ver enteramente florido aquel campo de rosales que había visto con botones á la mañana. No comprendía aquella súbita eflorescencia de las plantas, como no había comprendido en un día de dolor, cuyo recuerdo estaba siempre presente á su memoria, el brusco tránsito de la vida á la muerte.

Por la tarde, habiendo bajado los dos al jardín, y encontrándose separados por sólo el bosque de lilas ya florido, preguntó Carmelita á Colombán la causa de aquella pronta metamorfosis de los botones en flores.

Carmelita era muy ignorante en botánica, porque en la época en que pasan los acontecimientos que vamos refiriendo se consideraba esta ciencia como bastante superflua en la educación de una joven. Colombán, que más de una vez había tenido ocasión de notar aquella ignorancia, comenzó entonces, siempre á través de la móvil muralla de verdura, un curso de filología vegetal, descartando este encantador estudio de las palabras precisas, pero incomprendibles, sobre todo para las mujeres, palabras de que la han llenado los sabios.

Describióle la organización de las plantas con mucha sencillez, reduciéndola á los tres órganos elementales que con su reunión constituyen todos los tejidos vegetales, tejidos comparables en el principio á una solución de goma, que condensándose al momento, encabestra sus filamentos desleídos entre los cuales se forman poco á poco innumerables celdillas; le hizo comprender que estos tres órganos elementales eran los que contenían la materia incrustante de la madera, los jugos cristalizados, la fécula, el gluten, los aceites volátiles y las diversas materias colorantes, de las cuales la principal es la materia verde.

De los órganos elementales pasó á los órganos compuestos, hablándole de la epidermis que les sirve de transición; tomó una planta en estado de embrión, en ese periodo en que, naciente apenas, está aún adherida al tallo maternal, y le hizo seguir todas las fases del crecimiento, hasta el momento en que, apta para desprenderse del tronco, se reproduce á su vez.

Después de haber dado así á su joven vecina una rápida y lucida definición de todos los órganos de los vegetales, raíces, tallos, hojas, botones, le explicó las transformaciones en muchos de estos vegetales, de ciertos de sus órganos,

sea en espinas como en los cardos, los berberís, las falsas acacias, sea en pámpanos como en la vid, los guisantes y las pasionarias.

Hízole conocer la solidaridad que existe entre todos los reinos de la naturaleza ; cómo el hombre no puede pasarse sin la planta, ni la planta sin el hombre ; cómo todo se halla establecido en este mundo de una manera tan armónica, que uno parecería faltando el otro : descubrióle los misterios de la nutrición entre los vegetales ; le dijo cómo toman á la vez por la raíz y por las hojas, en el suelo y en el aire, los elementos necesarios á su desarrollo ; le demostró cómo la savia (que no es otra cosa que la circulación de la sangre entre las plantas) se eleva de abajo arriba, haciéndoselo ver en una rama de vid ; le enseñó, por último, que las plantas duermen, respiran, se reproducen como los animales, y llenó la joven inteligencia de su discípula de asombro al revelarle que ciertas plantas tienen movimientos naturales que contrastan con la inmovilidad ordinaria de los vegetales.

Diez veces quiso interrumpirse temiendo cansarla ó fastidiarla al menos ; pero si la noche y el follaje no le hubiesen ocultado el semblante de Carmelita, hubiera al contrario leído en él el más profundo alborozo.

De repente, de la patología vegetal al ver lucir las estrellas y la aparición de un meteoro, se llegó á la astronomía ; de las flores perfumadas de la tierra á las flores luminosas del cielo ; se pasó revista á los nombres mitológicos dados por los hombres á todos esos mundos desconocidos, objetos de su eterna curiosidad ; el cielo, la tierra, el mar, los tiempos modernos, la antigüedad, la Grecia, el Egipto, la India, esas tres abuelas del mundo, fueron puestas á contribución para celebrar estas primeras horas

de intimidad entre dos almas jóvenes durante una hermosa noche de primavera.

No pensaron ya en los hombres ; no pensaron en sí mismos ; no adivinaron, no sospecharon un instante que las flores, las ondas, las nubes, las estrellas y la brisa, sobre todo lo cual viajaban desde el crepúsculo, debían infaliblemente conducirles poco á poco á las etéreas regiones del amor platónico.

Y sin embargo, ¿qué era aquel ardor apasionado que ponía Colombán en la descripción de las armonías de la naturaleza, sino una brillante manifestación del amor más fresco y más poderoso, que, planta de vida ó de muerte, germinó nunca en el corazón de un joven ?

Aquella fuerza de atención, aquel arrobamiento de la joven durante aquella revista de las maravillas de la creación, que tan rápida había pasado y casi sin dejar más huellas que la estrella que había visto marchar, como ella decía (meteoro que á su presencia había aparecido y desaparecido instantáneamente), ¿qué era pues sino la revelación del primer amor ?

Y unió á estas disposiciones de diez y siete años en la una y veintidos en el otro, que el día había sido borrascoso, que la brisa era tibia y perfumada, y que á los rayos del sol y las caricias de esta brisa todo un campo de rosas, que estaba en botones en la mañana, se hallaba convertido en flores por la tarde.

ÍNDICE

Pág.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO. — En el cual el autor descubre el telon del teatro en que va á representarse su drama.	5
CAP. II. — Los tres amigos	11
CAP. III. — Los tres amigos	13
CAP. IV. — La tasca.	18
CAP. V. — Juan Taureau.	26
CAP. VI. — La batalla.	35
CAP. VII. — Mr. Salvador.	43
CAP. VIII. — Donde Juan Taureau bate definitivamente en retirada seguido por la multitud.	51
CAP. IX. — Mientras duermen Petrus y Ludovico.	60
CAP. X. — Los dos amigos de Salvador.	66
CAP. XI. — Diálogo entre un poeta y un perro.	74
CAP. XII. — El alma y el cuerpo.	83
CAP. XIII. — Lo que se oía en el arrabal de Santiago durante la noche del martes de carnaval al miércoles de Ceniza, en el patio de una botica.	91

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO. — El discipulo y su profesor.	101
CAP. II. — La batalla de la vida.	109
CAP. III. — La casa del maestro de escuela.	118
CAP. IV. — El ángel de la alegría.	133

	Pág.
CAP. V. — El misterio.	141
CAP. VI. — El pájaro en la jaula.	149
CAP. VII. — El sueño de una noche de estio	166
CAP. VIII. — Infraganti delito de amor.	174
CAP. IX. — Los mosquitos.	182
CAP. X. — El colegio.	191

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO — En el que se trata de los salvajes del arrabal de Santiago	200
CAP. II. — Una amiga de colegio.	208
CAP. III. — Pedir en casamiento.	220
CAP. IV. — El cura de la Bouille.	228
CAP. V. — Resignación.	237
CAP. VI. — Más pronto por el camino más corto.	246
CAP. VII. — Rosa de Noel.	254
CAP. VIII. — Sinistra cornis.	266
CAP. IX. — De cómo las cartas siempre tienen razon.	278
CAP. X. — Mr. Jackal.	285
CAP. XI. — ¿Quién es ella? ¡ Buscad la mujer!	293
CAP. XII. — Donde se prueba que se puede, por casualidad, y de cada cien veces una, encontrar buenos vecinos.	302

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Fray Domingo Sarranti.	314
CAP. II. — Sinfonía de la primavera y de las rosas.	323

FIN DEL ÍNDICE.

